



MONTPARNASSE

U

NA chica criolla, muy romántica, esto es, de las pocas rezagadas en días como estos, de andar con el lápiz en la oreja para saber lo que debe hacerse, al llegar a París, nos dijo:

—¿Adónde está Montparnasse? ¡Tengo tal deseo de verlo!

Parecería que había cruzado el Atlántico sólo para ver, con sus ojos, en carne y hueso a Montparnasse; y no deja tal vez de ser exacta dicha presunción. Como cada cual va recogiendo lo que más le acomoda en cada una de las ferias a que asiste, aunque sea con solo la imaginación, y como no dejan de actuar las sugerencias del que pregonara, vamos todos según van las cocineras con su red cargando, cargando, en la inteligencia de que nos llevamos lo mejor. Ciertamente que las cocineras, hoy día, no es de esto de lo que más se ocupan.

En cuanto a mí, como vivo al margen de la vida, voy interesándome más bien en las líneas dominantes que en los detalles, y de ahí, que, cuando pienso en Montparnasse veo los grandes cuatro cafés: La Rotonde, Le Dôme, La Coupole y La grande Chaumière, con sus numerosas mesitas en la vereda, ocupadas casi todas en la tarde y en la noche por una variedad de tipos tal, que no sabría decir qué nacionalidad triunfa si se sometiese a todos ellos a plebiscito.

Ahí, en el cruce del bulevar Montparnasse y el Raspail, tres de ellos en las esquinas y La Coupole un poco más a un lado, sobre el primero de los antedichos bulevares, están los cuatro comercios asomados a la calle, a la manera que se asomaban las "muchachas" antiguamente al balcón, esperando ver y ser vistas, sacando el mayor partido posible de miradas y de imanes.

No son muchos los tertulianos que podrían seguir viviendo, a cerrarse esos cuatro grandes cafés, pues han hecho de sus cenáculos y charlas familiares su plan de vida, y también su mayor finalidad, la más estimable, quizá, y se comprende.

En medio de las excitaciones trepidantes de esta vida parisina compleja, tan compleja e intensa, se requiere tomar contacto con algo más estable que ese doble rollo de "film" y de música ruidosa, que canturrea áspera mientras se desarrolla el "film". En la mesita ubicada en el rincón habitual, se encuentran como en familia los tertulianos, y se comunican sus inquietudes, sus congojas y esperanzas, formando una especie de hogar íntimo, por más barulento que sea, como lo es generalmente un hogar así, de café. Pero, ese propio tumulto a que se ha ido haciendo cada sensorio, por la frecuentación, resulta tónico, y hace olvidar las cuitas que cada cual lleva por dentro de su alma, según se lleva la cartera en el bolsillo. Es de tal suerte que se explica la impaciencia con que se aguarda "la hora", siempre ritual, nunca tanto como la despedida, la cual se aplazaría definitivamente si no estuvieran ahí los empleados, dan-

do vueltas para dejar ver que tienen, ellos también, ganado su derecho al descanso.

Salen mohinos, cruzándose los amigos sus últimas frases, y al tomar cada cual la dirección de su vivienda, todavía se dan vuelta para lanzarse algún complemento, que es de preparación para la reunión siguiente o simplemente de nostálgico cariño.

Que hay una poesía por dentro de ese farrago de almas, que, si se las pudiese ver resultarían tan diversas como las siluetas y las indumentarias, nadie puede dudarlo. Cada cual lleva su aporte cómico, junto al drama que es la vida, la misma que va, rozando lo trágico apenas se descuide, lo propio que le ocurre al que va por el alambre flojo con su balancín; que dicha poesía es tan interesante como cualquiera otra, cuando se la puede penetrar y comprender en su esencialidad, tampoco es a dudar: es lo humano, y, por ende, el mismo poema que interesó e interesa a todos los observadores de todos los tiempos, no porque sea más intenso de interés que los demás de la naturaleza, sino porque es nuestro, es el poema del hombre.

Y se hace cada vez más interesante este asunto así que se advierte que el problema individual ha salido de la cáscara personal-egoísta, y que se afirma en lirismos: todos, o casi todos por lo menos, llevan su llama de ambición gloriosa en su alma, esa misma que vemos recubierta a veces con ropas pobres y cabelleras desgreñadas. Esto es lo hermoso de este barrio, y de los demás parisinos, y acaso sea esto lo que explica el poder de atracción que ejerce París sobre la mayoría de sus visitantes.

En esos enjambres humanos casi ridiculizados y ridículos quizá a veces, a causa de aquella preocupación, la misma que explica la despreocupación del exterior, hay montañas de lirismo, y si uno pudiese hacer encuestas, se vería que hay un fondo tal de optimismo aun en el alma humana, capaz de asombrar a los escépticos y pesimistas más convencidos, y capaz también de conmovir a los recalcitrantes, esos que piensan que la vida es simplemente una operación de aritmética, casi siempre la famosa "regla de tres".

Dígase lo que se quiera, es esto, es fuego interior lo que embellece la vida y la eleva del promedio biológico donde las quijadas hacen el mayor gasto de la actividad animal.

Las compañeras, si las hay, que las hay muy a menudo y que hasta se las debe considerar indispensables, y a bendecir, van formando en los grupos como camaradas. Ya no hay cumplimientos especiales para con ellas, sólo se las trata con el atildamiento que imponen sus maneras finas, encantadoras; pero intervienen en todos los asuntos, en las discusiones, en la aclaración de las dudas, en la exclusión de las vacilaciones, y quedan consagradas como hadas benéficas en dichos cenáculos. Nada es más hermoso ni respetable que esas mujercitas, compañeras de los estudiosos, cuando asumen su papel tutelar en medio de una pobreza franciscana, y con un

fervor tal que miran los rulos de sus amantes como miran los fanáticos creyentes a los santos con sus aureolas.

Mientras desfilan automóviles y camiones por la calzada; mientras circulan por las veredas todas las razas humanas, rozando las mesitas, hay un asunto en el centro de cada rueda cenacular, y no menos cierto es que se deja columbrar el asunto que también llevan los viandantes, bien que hagan cuanto puedan para demostrar su despreocupación.

Lo que forma la teatralidad del drama humano y sus caídas a lo cómico es eso, justamente, el afán de no mostrar lo que anda por dentro.

Se baila, y mientras se bambolean los danzarines, sonrientes, amables, decididos o taciturnos, bien claro se ve que apenas alguien, que inspirase alguna confianza, les pidiese confidencias, al abrir sus almas se vería que hay cuitas, ansias, anhelos, ambiciones a veces torturadoras, y más a menudo dolores que alegrías. No obstante, eso no se ve ni puede verse antes de haber ido escurriendo por detrás de la visión de la retina, y bien por dentro. Así es que el que no tenga la paciencia requerida para ir perforando y descubriendo las capas interiores, supone que Montparnasse es pura alegría radiosa, y no poco barullenta, cuando en realidad es un esfuerzo de consecución en el que los porcentajes triunfales espantan, por su exigüidad; lo demás es algarabía despistada, matraca que se hacen sonar para dar una ilusión de tonalidad en medio de las congojas enervantes.

No caeré por cierto en la necesidad de hablar de tales impresiones a aquella chica criolla que viene a París para ver a Montparnasse, en la falsa inteligencia de que es un paraíso. Conviene que los jóvenes no vean demasiado pronto lo que hay por dentro de los paraísos, para que no se desanimen y pierdan los entusiasmos líricos, que, esos sí, son lo que más de paradisíaco hay en la lucha y en la vida; pero, no es malo tampoco el ir comprendiendo que las verdaderas satisfacciones están por dentro de los grandes esfuerzos y dolores, y que, también ahí, está el supremo galardón, no en los dominios del cascabeleo. Conviene ir vislumbrando lo que hay de cierto en la vida, para que la sorpresa no sea tan ruda y nos desarme.

A fuerza de observar y de sufrir he ido comprendiendo lo que hay de respetable en ese devaneo constante, en el cual se debaten los hombres para alcanzar su cuota de aporte a la demanda perenne de renovamiento, que es la vida; y, quizá, muchos de los que quedan definitivamente en la penumbra hicieron el suyo, precioso, sin que quede constancia alguna al respecto, como no sea en el alma del cenáculo y en el de la compañera, cuya voz más dispuesta y empeñosa por hacerse escuchada, más que la otra casi siempre, es menos atendida.

Es hermoso asimismo y muy aleccionador este aspecto trágico de la vida intensa, fruto en gran parte de los vicios de organización

social, de los desvíos ideológicos, de los errores de orientación, puesto que deja ver todo el caudal de optimismos irreducibles que se agitan en el alma humana, a pesar de todo; pero, lo sería mucho más si se pudiese advertir un propósito de ajuste entre el esfuerzo y la obra, de modo que quedase reducido el porcentaje de los rotundos fracasos. Eso agigantaría la fe en el esfuerzo, y el monto de recompensas en satisfacciones y provechos.

Muy cierto es que la vida es lucha, es dolor pues, pero esto mismo nos señala como mejor el ordenamiento juicioso de la misma, para que no sea tan desconsiderablemente grande la cifra de los vencidos, y tan desconsideradamente exigua la de los electos.

Allá, en nuestra América, habrán de tomarse medidas de sabia previsión y de razonado ordenamiento, si no quiere repetirse por la imitación inconsulta este cuadro trágico de la gran urba parisina, la ciudad arquetipo, la "ville lumière" que, con ir a la cabeza de la civilización, paga aún un enorme tributo a los errores del pasado. No nos dejemos cegar como la chica de que hablé, por las apariencias de alegría que zigzaguean por encima del tumulto, con la misma inconsistencia con que nos ocultan sus penas los viandantes. Es bello el ver estos estoicismos, pero, mejor sería, por sabio y práctico, fructuoso y promisor, el ver que este drama va por buen cauce a su desenlace, y no que porfía, testarudamente, queriendo llevar a buen término sueños arbitrarios.

Ha tiempo un crítico de arte, destacado intelectual, me decía que Cocteau, de quien es amigo, proclama que sin mensaje poético una obra de arte pierde su esencialidad. Que estos últimos quince años, de experimentaciones técnicas, han llegado a dicha conclusión.

La importancia de dicho testimonio no puede ponerse en duda, pues por fuera del extraordinario talento de ese electo de vanguardia en la mentalidad francesa, nos subraya como expresión de conjunto de los audaces y beneméritos revolucionarios que intentaron un renovamiento de las artes languidecientes, en su mismo corazón. Para un americano que ha venido atrás haciendo la misma proclama, todo esto le permite ver que desde allá, lejos, puede observarse con más libertad y despejo, y con más acierto, si se quiere mirar, mirar para ver, no para imitar.

Esto mismo lo irá viendo la chica criolla así que frecuente Montparnasse, y llevará este precioso mensaje y esta enseñanza a América.

P—O—R

PEDRO FIGARI

Ilustró AGUERRE